

El día de
evanescencia



Capítulo 1

Está decidido: hoy vas a salir a la calle expresamente para escribir un relato.

Lo necesitas. Es tu forma de expulsar aquello que te carcome la existencia. Un dolor espiritual, esa especie de temblor etéreo que desasosiega. Algunas personas quedan con otras para hablar sobre ello pero tú tienes que escribirlo.

Hay que salir de una misma. Abandonar el hogar que es cárcel a la vez. Aquí dentro puedes hacer uso de tu imaginación y viajar a otros mundos mejores que este pero hoy te apetece escribir algo cotidiano, algo real. Registrar lo que pueda suceder un día cualquiera, tal día como es hoy. Vivir y anotar las experiencias o lo observado. Puede salir algo curioso. Pero...

En verdad...

En verdad quieres expresar cómo te sientes. Dejar las invenciones y contar tu verdad.

Hoy te sientes muy triste, decepcionada. Te sientes normal, en realidad. En tu estado habitual pero hoy duele más. Has vuelto a tener esa sensación de tener algo estancado. Dificultad para respirar, una angustia de no poder tragar ni un poco de saliva. Cada vez es peor pero también lo controlas mejor, o eso te dices para estar más tranquila. Escribirlo es una forma de liberarlo, que te abandone.

Esta tarde ya tenías pensado salir pero no va a ser como pensabas, como querías. Sigues sorprendiéndote de que te sorprendas por ello.

Te vistes con lo que ya tenías preparado encima de la cama. Visita prudente al baño. Revisión en el espejo. Te calzas, coges la mochila y te despides de tus padres.

Vas al centro de la ciudad. Te montas en el primer vagón y eres la última persona en salir de la estación.

Son vacaciones de navidad. Las calles están abarrotadas de gente. Aborreces los tumultos. Estás en uno de ellos. Hoy hay demasiada gente. Caminas lento, ralentizas el paso en vez de esquivar. No tienes prisa. Las vacaciones deberían ser una época alegre solo por el hecho de estar alejada del instituto. Tener más tiempo libre. Para ti no: es el periodo de tiempo donde compruebas lo sola que estás.

Nunca has logrado crear una relación lo suficiente fuerte con tus compañeros para dar el siguiente paso y sentir que puedes llamarlos amigos. Dentro de las aulas eres bastante apreciada, ayudas a todos pero eres demasiado callada, sosa, aburrida. Todos te tratan bien en clase pero cuando dices de veros fuera... Evasiones, excusas, silencio. Como si nadie hubiese propuesto nada. Nadie interesante, nada interesante.

No tienes a alguien con quien compartir tus alegrías y tropiezos, tus miedos e inseguridades. Nadie que pueda darte ánimos o consejos.

Las fiestas, los días no lectivos son una tortura social. Qué harás cuando acabes tus estudios, dentro de dos meses y poco, es una pregunta que no tiene respuesta, o es tan amarga que prefieres no tocar el tema y llegar a

resolverla con antelación.

Los fines de semana son tolerables. Los puentes, si son de tres días, asoma el tedio. Los de cuatro, un suplicio. En las semanas santas preguntas a Dios por qué no fue solo una semana de vacaciones como bien dice el nombre. En esa escala ascendente es comprensible que las vacaciones de verano sean un agobiante infierno.

Llegas a tu destino. Donde deberías haber estado hace unas horas según lo planeado. Pero no estás con ella.

Llevas queriendo visitar este museo desde que se anunció la exposición de este pintor que te apasiona. Y a ella también le hizo ilusión cuando se lo propusiste. Le encantó y dijo sí, sí, sí. Hoy iba a ser un día muy especial. Para las dos. Pero para ti más. Hoy era el día de salir con una amiga, por fin alguien cercano en tu vida que no fuese familia. Pasar el tiempo con alguien de clase pero fuera de clase. Sin ningún motivo relacionado con los estudios.

Descubriste que a ella también le gustaba el arte, la pintura, el dibujo... Es muy raro que salgan esos temas de conversación, o eres tú que nunca coincides cuando se habla de ello, y te llevaste una alegría cuando lo dijo. Por casualidad estabas cerca y lo escuchaste, y viste buena idea proponerle ir juntas a esta exposición. Tus padres consiguieron una entrada doble hace unas semanas para ti pero no sabías qué hacer con ella, y cuando lo descubriste no dudaste en invitarla. Hace unos meses ya. Con gran antelación para que hoy, de repente y sin motivo, no te conteste cuando le preguntas, tres veces y ya no más por cansancio y resignación, si al final va a ir.

Hace cinco días se lo recordaste. Ya habíais concretado una fecha pero por si acaso se le había olvidado. También para confirmar la hora (la tarde es un rango de tiempo muy amplio) y concretar un lugar (el museo es muy extenso y tiene varias entradas). Quedar en la entrada principal, en las laterales o mejor dentro, en el vestíbulo, cerca de la taquilla, o en uno de los jardines de los alrededores, o en la estación de metro o de autobús más cercana...

No es ser pesada, intentas no serlo nunca para que no se cansen de ti. Tampoco por el miedo de ser olvidada, aunque siempre está ese temor en ti. Solo querías concretar y asegurarte.

Ella no puso ningún problema cuando dijo que sí en su momento pero ahora ves ciertos signos de vagancia en la ausencia de respuesta. Quizá lleva varios días pensárselo mejor y hoy lo ha decidido. No quiere ir pero no te dice que no sino que no te contesta. Esa es la respuesta que obtienes, otro tipo de no. Ni un «estoy muy liada, lo siento» o un «me ha surgido un percance, no podré ir». Aunque fuese mentira pero ya sería algo, mucho mejor que recibir una absoluta nada.

Tras una pregunta, el silencio es más doloroso que una negación. Hay un poder inmenso en ese método: ignorarte es un modo de negar tu existencia.

De todas formas, quieres ser positiva y no pensar mal pues te sientes peor al pensar mal de la gente pero con el paso del tiempo te resulta más y más difícil. Al ver que no tiene tiempo para contestarte (tiempo para ti,

te corriges a ti misma) no renuncias al plan que tanto quieres hacer y aquí estás, enfrente del museo como estaba previsto para esta tarde. Ella no va a vencer: vas a disfrutar de la exposición de uno de tus pintores favoritos.

Bien podrías haber aprovechado esa entrada doble pero sabes que intentarlo te hubiese deprimido más aún. Podrías haberlo dicho en el chat de la clase, en ese donde estáis todos los compañeros pero sabes que, nuevamente, tu mensaje solo obtendrá una ausencia de respuestas, y los pocos que se animaran a contestar pondrán cualquier excusa barata para no decir realmente que no quieren ir, ni a ese sitio ni contigo. Además, no quieres parecer la rarita que va a museos y no tiene a nadie para ir acompañada teniendo que mendigar en el chat de clase. Y, ciertamente, aunque te llevas bien con todos, apenas tienes confianza real con nadie. Podrías, también, proponérselo a tus antiguos amigos del barrio. Del colegio. Amigos de la infancia. Del pueblo. De las clases de gimnasia rítmica. Pero para qué molestarse, siempre son las mismas excusas, el mismo silencio.

El museo tiene un vestíbulo amplio. Te pones a la cola y esperas. Escuchas a los demás visitantes. Todos están acompañados de alguien. Hablan de las expectativas que tienen sobre la exposición, del artista, de la época, de su estilo, de las razones que le hacen pintar así. De su vida, su familia, su entorno, sus amores, sus desgracias, sus circunstancias. Preguntas a un guardia de seguridad si puedes hacer fotos. Aunque te has informado con antelación pero prefieres asegurarte, para que no te llamen la atención en caso de que la página web no esté actualizada con las nuevas normas.

Levantán el cordón de terciopelo y cruzas toda la exposición para empezar desde la salida, y estar más a gusto sin tanta gente alrededor, ver los cuadros en el ángulo y distancia que quieras. Te das cuenta de que no eres la única, algunos se te han adelantado y otros vienen después, muchos se saben el mismo truco pero por suerte sois minoría.

Le haces unas fotos a los cuadros más interesantes, aquellos que te encantan la técnica utilizada, el relieve del lienzo y la pintura, los colores que se mantienen en el tiempo. Fotografías aquellos cuadros que te inspiran ciertas emociones, aquellos que te gusta el mensaje que transmite, aquellos que te gustaría imitar en la próxima vez que cojas los pinceles. También disparas en algunas salas que tienen un encanto antiguo en su arquitectura. Salas elípticas, bóvedas de gran altura, columnas que acaban en arcos de medio punto. Y la decoración: alfombras, muebles, lámparas, candelabros, esculturas de mármol... Ojalá tener algún día una casa así. Aunque sea una habitación.

Te quedas de pie y miras la pantalla del móvil hasta que piensas que es una buena idea, un buen gesto para probar que no estás enfadada con ella. Seleccionas su contacto y le envías algunas de esas fotos. Si no ha venido por lo menos que disfrute de las pinturas. A ella también le gustaba este pintor, no hay que ser rencorosa. No hagas lo que no quieres que te hagan.

Continúas la visita.

Con calma lees todas las placas que acompañan cada uno de los cuadros: con el año calculas la edad que tuvo el artista cuando lo pintó y con los títulos más misteriosos y crípticos divagas sobre lo que puede significar en realidad ese paisaje tan inocente. En las paredes hay citas suyas pintadas a mano, y otras placas de metal dorado enmarcado en madera con textos largos que narran más datos e información sobre él. Te quedas al lado de algunas personas que están comentando aspectos interesantes de algunas obras y les sigues con la discreción torpe de una mala imitación de espía. Y luego, cuando lo has visto todo, abandonas el museo.

Hay cierta libertad en ir sola a los sitios. Vas donde está aquello que quieres y cuando terminas no tienes que esperar a nadie, o hacer que te esperen, o ir con prisas para no molestar a un acompañante impaciente. La calle sigue atestada. Sigues el flujo del cúmulo de gente, como una gota más en un recorrido cerrado. Con una mezcla de no saber qué hacer o no poder ir a ningún otro sitio. Pero se forma un nuevo camino en el torrente humano y lo aprovechas para desviarte, llegando a la plaza de la ciudad. También está llena, pero una mesa de una terraza está vacía y decides sentarte para descansar un rato, que se vaya el dolor de la espalda y las piernas después de tanto tiempo de pie.

Estiras las rodillas, los pies en el aire y vacías los pulmones, formando una nube densa y blanca que asciende hasta fundirse con las nubes. Te echas para atrás en la silla y miras el cielo. Ya se ha hecho de noche, tu momento favorito del día. El mundo adquiere una nueva perspectiva cuando se pone el sol; parece que se ralentiza todo, hay más calma, más silencio. Las cosas se ven distintas, con más encanto y magia. Lo ves todo posible y mejor. Te gusta el invierno por eso mismo, porque los días son más cortos y anochece antes.

Notas en tus mejillas el calor de la luna y las estrellas pero en realidad es una estufa de exterior, una torre que encierra un fuego que baila nervioso con el viento, como si no quisiera seguir su tempo. Sin darte cuenta te has sentado al lado suya. Afortunada tú, no te vas a poner a temblar de frío.

Aprecias la peculiaridad de que estás sentada en la terraza de un bar. Sola. Poco común en una persona joven, como muchas veces te han dicho. Te sientes por ello observada, aunque una vez más no encuentras unos ojos fijos en ti que confirmen que estás allí, que alguien se ha dado cuenta de tu presencia. Ni siquiera los camareros, que van y vienen. Piensas que no te toman por un cliente, pero raro es que no te hayan echado aún.

De todos modos, aprovechas el momento. Sacas las manos y el móvil de tus bolsillos. La piel se vuelve rápidamente roja, tensa e insensible, a juego con las orejas y la nariz. Te apetece revisar el chat, ver si te ha contestado o por si acaso no se han enviado las fotos por una mala cobertura en tu conexión a internet pero sí, sí se han enviado aunque parece que no ha tenido tiempo para verlas (con detenimiento, se entiende), aunque ha encontrado un hueco en su apretada agenda para cambiarse la imagen de perfil en tres ocasiones durante las últimas diez horas: un rostro virtual cuando le has preguntado esta mañana, otro

distinto al enviar las fotos y ahora uno nuevo.

Cuando abres la aplicación de chat (o mensajería instantánea, como sea), casi siempre es por iniciativa propia. Pocas veces porque tienes la alerta de un mensaje: la mayoría es para comprobar que es cierto lo que sientes, que no hay nadie ahí para ti. O por si acaso el móvil funciona mal y no recibe bien los mensajes pero no. Cero de cero.

Para evitar el triste vacío intentas generar algo de conversación, porque si no nadie hablará contigo. «Mira, escucha esta canción». O «te recomiendo esta peli». O «te paso este artículo que creo que te puede gustar». Y «luego lo miro», responden. Y normalmente es mentira, pues no te dicen nada, si has acertado en tu envío o su opinión sobre él. Nada.

La última conversación, la más reciente, es de ella. Y la penúltima de otro contacto, que aún sigues esperando su respuesta tres días después. Y el resto son tus padres, tu hermana y tus tíos deseándote una feliz navidad también por allí, cuando ya estuvisteis todos juntos en la misma mesa durante Nochebuena. Pero te lo mandaron antes de la cena, o en un momento aburrido después del atracón.

Ese penúltimo contacto... Alguna vez lo consideraste lo más cercano a un amigo. Curiosamente fue la única persona que le confesaste tu miedo de sentirme ignorada pero no hubo cambios después de ello, seguía tratándole de igual manera o incluso peor sabiendo eso de ti. Y es habitual en él no contestarte, pero sigues aferrándote a ese clavo ardiendo para no estar tan sola. En soledad te aferras con quien sea, y él fue una de las amistades más cercanas que tuviste pese a que ahora solo recibes frío, o ni siquiera eso.

Tiemblas un poco. Un escalofrío. Miras hacia la estufa. Sigue encendida. Tiene un lado malo encariñarse de la gente: les otorgas el poder de que puedan hacerte daño con cualquier gesto.

Una vez tuviste el móvil estropeado durante cinco días. Llevabas meses con el cristal roto, la pantalla llena de grietas (un clásico), pero seguía funcionando. Era muy caro arreglarlo pero de pronto, pum, se encendió pero solo se veía negro y nada más. Y ya tuviste que llevarlo al taller. Casi una semana sin móvil y después, al encenderlo, cero flamantes mensajes, pues nadie te habla si no lo haces tú primero.

Es normal. Para qué hablar con alguien que no es gracioso sino todo lo contrario. Una triste que solo es útil para preguntar algo de clase, pedir deberes o resolver dudas para los exámenes.

Pero no puedes ser una persona positiva y alegre con ese trato que recibes. Te vuelves lo contrario, peor aún, y empieza a crecer algo de odio en ti. Y, aunque no se refleje en nadie, el resquemor te carcome por dentro, te deteriora por fuera y lo intuyen los demás, alejándose más aún. Es una serpiente que se muerde la cola.

Ojalá desde pequeñitos enseñasen a ser una persona divertida. Ojalá una asignatura para ello, porque si no estás condenada de por vida.

Sabes que le estás dando mucha importancia a eso, al maldito chat. Pero cuando nadie te habla, cuando todos rehúyen estar contigo, recibir un mensaje, un simple mensaje virtual, aunque sea una tontería, puede significar mucho y alegrarte el día.

Te levantas peor que antes. Estar sentada sin hacer nada siempre te provoca cansancio, aunque parezca gracioso y contradictorio. No sabes qué hacer. Podrías visitar algunas tiendas, ver algunos libros de tu interminable lista de futuras lecturas o unos vaqueros que necesitas; se te han roto los únicos que te quedan bien pero no tienes ganas. Para qué si nadie se va a fijar en la ropa que llevas o cualquier cosa relacionada contigo.

Cruzas la calle mayor. Muy transitada. Ahora la gente lleva más bolsas que antes. Son las compras. Algunos se paran de repente delante de un escaparate. Te chocas con esas personas. Sin querer. Luego con otras que no modificarían su ruta ni aunque se topasen con una montaña. También tropiezas con despistados, o eso crees. A veces piensas si no eres vista. Si eres invisible o si acaso existes. No paran ni hacen amago de cambiar levemente su dirección, o ladear los hombros para evitar el impacto. Te preguntan si ellos sentirán el golpe también. Si eres intangible para ellos, porque tú sí lo notas, y a ti sí te duele.

No te ven ni siquiera como un obstáculo en su camino pero siempre has tenido esa sensación. Algo desagradable para los demás, algo a ser evitado. Una molestia en sus vidas.

No es la primera vez que pasa por tu cabeza. Piensas que eres tú, y quieres cambiar porque no puedes seguir más así. Lo intentas, ves que es difícil pero al final consigues algo. Pero no, todo sigue igual. Será por los prejuicios que has aceptado sobre tu persona. Ellos igual: ya han construido una imagen mental de ti y hagas lo que hagas siempre verán lo mismo. Y si cambia su punto de vista, irá a peor. No hay cambio para bien.

Has intentado que no sea así en repetidas ocasiones. Siempre es lo mismo. Te pones a darle vueltas y llegas a la conclusión de que no eres tú sino los demás. Tu ambiente. Y cambias eso. Vas a otros sitios y te juntas con nuevas compañías. Actúas igual con gente diferente. Pero vuelve a suceder. Lo mismo de siempre.

Entonces, ya como última posibilidad, piensas que eres tú. Y pruebas a actuar diferente con gente nueva. Pero vuelve a pasar. Otra y otra vez. Y es que eres tú. Tú. No tu forma de ser sino tú. Hay algo, tienes alrededor un aura que hace actuar a los demás de forma extraña. Eres una persona sin chispa, aburrida, incómoda en las distancias cortas. Cualidades suficientes para ser evitada por todo el mundo: nadie quiere a alguien así a su lado. Quieren diversión, pasárselo bien, y tú eres la absoluta antítesis perfecta. El aura te acaba engullendo y te transformas en un ser incorpóreo sin voz ni ningún tipo de presencia como está pasando ahora mismo. Como nunca ha dejado de pasar.

Miras la hora por primera vez desde que saliste de casa. Casi las nueve. Te preguntas qué hubieseis hecho a continuación, nada más salir del museo. Seguramente cada una a su casa. Hoy era un día de un solo plan: ir al museo y ya está. Ella ya habría cumplido su parte aunque lo más probable es que luego fuese con otros amigos a salir por allí. Sí, tendría otros planes, pero siendo optimista, lo siguiente sería ir a cualquier sitio donde beber y comer un poco para comentar lo visto en la exposición o

hablar de otras cosas. No ir al bar de la terraza donde has estado sino algo más moderno. Un pub, una discoteca o similar.

Sí, eso es. Harás lo que posiblemente habrías hecho hoy con ella. Aunque sola, claro. Una forma de ponerse a prueba, o hacer algo curioso.

Recuerda que has salido para escribir.

El estómago ruge, vacío sin haber cenado ni merendado. Quizá avisándote de que es una mala idea lo que te propones pero al contrario, lo ves como una oportunidad perfecta para que el alcohol haga más efecto y comprobar si es verdad que beber olvida las penas.

Te diriges a un relaciones públicas que está engatusando a cualquier pareja o grupo de jóvenes con los que se cruza para que vayan a su local. Hay varios en esta calle pero ninguno se ha acercado a ti, no tienes aspecto de ser una cliente potencial. Le dices que quieres ir a tomar algo y él te acompaña mientras te comenta la oferta de hoy: dos chupitos gratis por cada consumición.

Entras en el pub. Luz violeta, rosa chillón y azul claro que se mueven lentamente y parpadean de vez en cuando al ritmo de la música. Vas directa a la barra. Pides el coctel con el nombre más exótico que está anotado en la pizarra y pones el dinero en la barra. Está bastante encharcada. El billete se moja rápidamente pero el camarero lo coge sin inmutarse. Mojas los labios en el vaso, tragas con dificultad y compruebas que ninguna de las palabras de su nombre se corresponde con el sabor que tiene, ni con ningún símil imaginable. Se te han quitado las ganas de recordarle la oferta de los chupitos.

Es la primera vez que bebes sin compañía. El objetivo principal de beber alcohol en los jóvenes, o quizá en cualquier persona, es socializar y aquí estás, solitaria tú, sentada e inclinada hacia una bebida que te ha quemado la garganta en un único sorbo. Esto no es lo tuyo. Cuando has ido a alguna fiesta, a algún botellón o en una casa ajena sin padres, casi nunca tomabas nada con alcohol porque nunca te ha gustado, y a veces tenías que ceder para acallar las burlas o a los pesados. Es una especie de obligación social, los abstemios no sois de fiar o eso siempre te han dicho, algunas veces en broma y otras deseas creer que no iban en serio.

Lo mismo te pasa con el lugar o el ambiente en sí. No es lo tuyo. Siempre te has sentido incómoda, incluso en estado ebrio cuando debería relajarte y abrirte pero al contrario. Te agobia que haya tanta gente apretujada y en movimiento, no sabes dónde colocar los brazos, apenas puedes hablar o escuchar, no disfrutas bailando y menos que te fuercen a ello. Ya te fuerzan todos, que si no sales y haces esto estás perdiendo la juventud.

Echas un vistazo al resto del local. No te has percatado de las zapatillas que hay colgadas del techo que se mueven con cierto misterio pues dentro apenas corre el aire. Las paredes tienen espirales de varios colores que parecen girar a través del movimiento de las luces. El suelo está cubierto por baldosas con un leve efecto espejo, con el reflejo vago, como empañado en solidaridad con las faldas. Las mesas están pegadas a las paredes para formar una pista central de baile, aunque ahora hay pocas personas de pie siguiendo el ritmo de la música, la mayoría están sentadas. Una de esas personas es ella.

Te sorprendes de haber coincidido. Una ciudad grande pero sigue siendo un pañuelo. Está con tres chicas y dos chicos, hablando y riéndose. Levemente te alegras de estar en el mismo lugar, de haberla encontrado. Le preguntarás por qué no te ha avisado, por qué no te ha dicho nada pero necesitas una buena dosis de valentía.

Coges el vaso e intentas acabarte el coctel de un trago, aunque en realidad lo haces en tres. Entre medias miras a la nada pensando en qué vas a decir hasta que llegan a tu mente algunas frases que te parecen adecuadas. Las repites una y otra vez, algunas las susurras, para que no se te olvide cuando salgan de tu boca. Ensayas el tono correcto, la velocidad adecuada. Y sabiendo que no va a servir de mucho, pues siempre te pones nerviosa y te quedas en blanco o balbucearás, te levantas decidida y vas hacia ella.

Hola. ¿Qué haces aquí? Te he escrito esta mañana tres veces para ir al museo pero no me has contestado.

Se gira hacia ti. Pánico en su rostro. Al principio se muestra insegura al no controlar la situación. Un ataque sorpresa. Habla a trompicones, incomoda, como si la hubiesen pillado en medio de algo malo, un robo o delito similar, la perpetración de una mentira, pero poco a poco va confiándose hasta que saca esas habilidades sociales que tú no tienes, y te da respuestas para todo, bien fundamentadas, y pierdes la batalla porque no sabes qué decir. No tienes tanta agilidad mental como ella. Seguramente unos minutos después, cuando te hayas ido, se te ocurra la mejor respuesta posible pero no funcionas así en los momentos clave. Dice que está con sus amigos porque se le ha olvidado la visita al museo, y no ha visto los avisos que les has enviado porque recibe muchos mensajes al día y es una locura leerlos todos nada más recibirlos, que siempre los lee más tarde, cuando tiene tiempo y está más calmada. Se te escapa una sonrisa. Unos labios felices en medio de la tristeza, una risa desesperada por no creerte la situación. Como la carcajada de un loco. Es que son las mismas excusas de siempre.

Y luego notas un ligero enfado, aunque en realidad la comprendes. A ti también te aburriría estar con alguien como tú. Es normal evitarte. Nadie quiere tener al lado a alguien que no le aporta diversión.

Ella ataca. Corta abruptamente tus pensamientos. Como un latigazo que divide una niebla densa. Te pregunta qué haces tú aquí.

Buscas una respuesta normal, que no parezca que la has ido buscando o siguiendo. Algo parecido a que has ido al museo con unos amigos y ahora habéis venido a este sitio a tomar unas copas. Pero pasas, ahora mismo te da igual lo que piense. Y sueltas que has ido al museo y después te has acercado aquí porque te apetecía beber un poco. Y te has puesto a mirar el sitio y la has visto.

Ah, qué bien, contesta ella.

Sí, dices, y te despides. Que ya te vas. Aclaras que solo era para saludarla. Hasta luego.

No os dais los dos besos de rigor porque nada más decirlo te das la vuelta dirigiéndote a la salida. Un breve triunfo para ti, aunque sepa todo a derrota.

Dudas. No sabes si has hecho bien. No haber dicho nada, ni cuestionarla, ni pedir explicaciones o largarte sin haber contado lo mal que te has sentido durante todo el día ante su silencio. Has colaborado en mantener algo que ambas sabéis que es mentira por miedo a descubrirla y llegar a una incomodidad mayor.

Las calles están más vacías. Las familias ya no están. A los compradores ya les han cerrado las puertas, solo quedan aquellos que encuentran la diversión bajo la luna y las estrellas.

Quedan cuarenta minutos para el último tren. Decides esperar y coger el último. Te acercas a un pequeño jardín que hay apartado de la zona centro, cerca de un antiguo palacio que ahora es un espacio cultural. Está un poco elevado del terreno y puede valer como mirador de la ciudad. Algunos días vas para leer y contemplar las vistas o tener un pequeño momento de soledad, esta vez elegida por ti. La soledad no impuesta es algo bueno.

La ciudad de noche tiene una tonalidad naranja. El alumbrado tiñe el suelo, las paredes y la débil bruma que se ha formado al caer el sol, parece que todo el aire, todo a tu alrededor tiene ese color. Ojalá apagar las farolas, que solo quedasen las luces de navidad en un manto oscuro de edificios. Te lo imaginas. Cierras los ojos mientras caminas, así parece que estás flotando. Respiras fuerte y el aire enfría tu interior. Como si estuvieses rodeada de nubes, en la bóveda celeste, abrazada a ellas. Te sientas en un banco de piedra. Por suerte no hay nadie haciendo botellón ni nada por el estilo. Te tumbas en él. Está congelado. Abrazas su frío. Aquí hay cierto silencio. A bajas temperaturas hay más tranquilidad. La lejanía amortigua el ruido del tráfico, se aprecia el sonido de las ruedas surcando el asfalto aunque haya pocos coches y esté lejos la carretera. Es un ruido de fondo, relajante, casi narcótico. Por desgracia también llegan a tus oídos la música de las discotecas, las risas de los fiesteros y los berridos de los borrachos.

Vuelves a mirar el reloj. Un bostezo largo te impide verlo bien. Es la hora de volver. Has perdido el tren pero no pasa nada, coges el bus nocturno. No hay muchos viajeros. Te recuestas en el asiento, los párpados ya te pesan. Apoyas la cabeza en el cristal pero los giros bruscos y los baches no te dejan descansar como quieres.

Llegas a casa. Tus padres ya están en la cama. Menos mal. Se sorprenderían de que vengas tan tarde pero no se enfadarían, lo verían bien: por fin ha estado fuera, de noche, ha salido de fiesta y, obviamente, con alguien. O con varios, pero con personas de carne y hueso, raro en ella. Lo más seguro es que se alegrasen de que estés hasta borracha, aunque solo sea un poco.

Vas al baño y luego te encierras en tu habitación. Te quitas la ropa y te pones el pijama. Enciendes el portátil y haces que la pantalla esté dominada por una hoja en blanco, un blanco que llena de luz tu cara reposada en la almohada de tu cama.

Te espatarras al máximo pese a la poca flexibilidad que tienes y mueves en círculos los pies mientras piensas un buen inicio. Que enganche, que haga seguir al lector y llegue a la parte que quieres que lea para que te

comprenda. Que reflexione. O te rectifique en tu forma de pensar. Que te aconseje. A ver si algo mejora en ambos.
Ya está hecho. Lo tienes. Te pones a escribir. Recuerda: saliste para esto. Las promesas están para cumplirlas.